
CLAVES DEL PENSAMIENTO DE JOSEPH RATZINGER

Francisco Juan Martínez Rojas

0. Introducción

1. Datos biográficos de Joseph Ratzinger - Benedicto XVI

2. Características de la teología de Ratzinger:

2.1. Teología que acentúa con insistencia la pretensión de verdad del evangelio (Racionalidad de la teología)

2.2. Teología eclesial (Eclesialidad de la teología)

2.3. Teología capaz de criticar el espíritu de la época (Confronto con la contemporaneidad)

3. Dos objetos de pensamiento: Dios y hombre, resumen de la teología

3.1. La cuestión de Dios

3.2. La cuestión del hombre

4. Presentación de esta realidad al mundo: la nueva evangelización

4.1. Estructura

4.2. Método

4.3. ¿Qué hay que anunciar?: conversión, conversión de la Iglesia, reino de Dios, Jesucristo, vida eterna

5. Conclusiones

0. INTRODUCCIÓN

El pasado 19 de abril, a media tarde, el mundo entero podía asistir, gracias a la televisión, a la primera aparición pública del nuevo Papa, elegido a la cuarta votación de un cónclave que ha sido el más corto desde hace más de cien años. El nuevo pontífice, que había entrado como papable en el cónclave, rompía el famoso dicho de que *quien entra papa, sale cardenal*. A sus setenta y ocho años, Joseph Ratzinger, decano del colegio cardenalicio, se convertía en sucesor de Juan Pablo II, haciendo el número 264 de los obispos de Roma. Enseguida empezaron las especulaciones, las noticias, los dimes y diretes sobre el elegido, que tomó el extraño nombre de Benedicto XVI, elección que él mismo explicó en la primera audiencia general que concedió.

Pero acerquémonos primero al hombre, para penetrar posteriormente en su pensamiento y así poder intuir algunas de las claves de su pontificado.

1. DATOS BIO-BIBLIOGRÁFICOS DE JOSEPH RATZINGER - BENEDICTO XVI

Joseph Ratzinger nació el 16 de abril de 1927, un Sábado Santo en Marktl am Inn, diócesis de Passau, Alemania; y fue bautizado ese mismo día. Su padre, comisario de la gendarmería, provenía de una antigua familia de agricultores de la Baja Baviera, de condiciones económicas más bien modestas. Su madre era hija de artesanos de Rimsting, en el lago Chiem, y antes de casarse trabajó de cocinera en varios hoteles.

A Ratzinger se le hace difícil decir cuál es propiamente su pueblo natal. Al ser su padre miembro de la policía rural, era frecuentemente trasladado, y toda la familia con él, así, muchas veces tuvieron que ponerse en camino. Pero sus primeros años se desarrollaron en la zona fronteriza entre Alemania y Austria, en un marco que él mismo ha definido "mozartiano". Esa circunstancia explica su vinculación con la música -toca el piano- y la de su hermano, Georg, maestro de capilla de la catedral de Ratisbona.

El período de su juventud no fue fácil. En 1939 entra al seminario menor en Traunstein. En 1943, él y todos sus compañeros de clase son reclutados al Flak (escuadrón antiaéreo), sin embargo, les es permitido asistir a clases tres veces por semana. En septiembre de 1944, habiendo alcanzado la edad militar, Ratzinger es relevado del Flak y regresa a casa. En noviembre pasa por el entrenamiento básico en la infantería alemana, pero debido a su delicado estado de salud, es eximido de buena parte de los rigores propios de la vida militar. En la primavera de 1945, mientras se acercan las fuerzas aliadas, Ratzinger deja el ejército y regresa a su casa en Traunstein. Cuando finalmente llega el ejército americano hasta su ciudad, establecen su centro de operaciones en casa de los Ratzinger, identifican a Joseph como soldado alemán y lo envían a un campo de prisioneros de guerra.

El 19 de junio de ese mismo año es liberado y regresa al hogar en Traunstein, lo sigue su hermano Georg en julio. En noviembre, tanto él como su hermano mayor Georg, reingresan al seminario. En 1947 Ratzinger ingresa al Herzogliches Georgianum, un instituto teológico ligado a la Universidad de Munich.

En 1951, el 29 de junio, Joseph y su hermano Georg son ordenados sacerdotes por el Cardenal Faulhaber en la catedral de Freising, en la Fiesta de los Santos Pedro y Pablo. Desde 1952 hasta 1959, es miembro de la Facultad de la Escuela Superior de Filosofía y Teología, en Freising. En 1953 recibe su doctorado en teología por la Universidad de

Munich, con una tesis sobre *Pueblo y casa de Dios en la doctrina de la Iglesia de san Agustín*. Es vinculación afectiva con San Agustín la ha mantenido a lo largo de toda su vida. Así, en su mismo escudo papal, la concha no recuerda sólo la condición peregrina de la Iglesia, sino su afecto por este padre de la Iglesia. Cuatro años más tarde, bajo la dirección del conocido profesor de teología fundamental Gottlieb Söhngen, obtuvo la habilitación para la enseñanza con una disertación sobre *La teología de la historia de san Buenaventura*.

Desde 1962 hasta 1965 asiste a las cuatro sesiones del Concilio Vaticano II en calidad de perito, como consejero teológico principal del Cardenal Frings de Colonia. En 1963 se traslada a la Universidad de Münster, y en diciembre de ese año, fallece su madre.

En 1966 es nombrado profesor de teología dogmática en la universidad de Tübingen. En 1972, Ratzinger, von Balthasar, De Lubac y otros lanzan la publicación teológica *Communio*, una revista periódica de teología católica y cultura.

En marzo de 1977, es nombrado arzobispo de München y Freising, convirtiéndose en el primer sacerdote diocesano que después de 80 años, asumía el encargo de tan vasta e importante arquidiócesis. Es urgido por su confesor a aceptar el cargo y escoge como su lema episcopal la frase de la tercera carta de Juan, *Cooperadores de la verdad*. Él mismo explicó: *Por un lado, me parecía que esa era la relación entre mi tarea previa como profesor y mi nueva misión. A pesar de los diferentes modos, lo que estaba en juego y seguía estándolo era seguir la verdad, estar a su servicio. Y, por otro, escogí ese lema porque en el mundo de hoy el tema de la verdad se omite casi totalmente, pues parece algo demasiado grande para el hombre y, sin embargo, todo se desmorona si falta la verdad.*

Es consagrado el 28 de mayo por el Obispo de Würzburg, Joseph Stange. En junio de ese mismo año, es creado cardenal presbítero por el Papa Pablo VI, y recibe el título de S. Maria Consolatrice al Tiburtino. Ese año también, asistió a la IV Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos, en el Vaticano.

En 1978 participó en el cónclave del 25 al 26 de agosto, que eligió a Juan Pablo I, quien lo nombra enviado especial del Papa al III Congreso Mariológico Internacional, en Guayaquil, Ecuador, del 16 al 24 de septiembre. En octubre de ese año, participa en el Cónclave que elige a Juan Pablo II.

En 1981, en noviembre, acepta la invitación del Papa para asumir como Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, Presidente de la Pontificia Comisión Bíblica y Presidente de la Comisión Teológica Internacional. El 15 de febrero de 1982 renunció al gobierno pastoral de la archidiócesis de Munich y Freising. Desde 1986 presidió la

Comisión para la preparación del Catecismo de la Iglesia Católica, que luego de 6 años de trabajo (1986-92) presentó el Nuevo Catecismo al Santo Padre. En noviembre de 2002, el Santo Padre aprueba su elección como Decano del Colegio Cardenalicio.

Hasta la muerte de Juan Pablo II era miembro de la Secretaría de Estado; de las Congregaciones Iglesias Orientales, Culto Divino y Sacramentos, Obispos, Evangelización de los pueblos, Educación católica; así como de los Pontificios Consejos para la Unidad de los cristianos y del de Cultura; de las Comisiones para América Latina y Ecclesia Dei. Recibió por encargo del Santo Padre, la reflexión del Vía Crucis durante la Semana Santa de 2005. Fue elegido Papa el 19 de abril de 2005, convirtiéndose en el Pontífice número 265, sucesor de Juan Pablo II. Escogió el nombre de Benedicto XVI.

Ha recibido numerosos doctorados "honoris causa" por el College of St. Thomas in St. Paul (Minnesota, Estados Unidos), en 1984; por la Universidad católica de Eichstätt, en 1985; por la Universidad católica de Lima, en 1986; por la Universidad católica de Lublin, en 1988; por la Universidad de Navarra (Pamplona, España), en 1998; por la Libre Universidad María Santísima Asunta (LUMSA) Roma, en 1999; por la Facultad de teología de la Universidad de Wrocław (Polonia) en 2000. En su bibliografía, además de innumerables artículos, se cuentan más de cincuenta libros publicados, y traducidos a los idiomas más importantes.

2. CARACTERÍSTICAS DE LA TEOLOGÍA DE JOSEPH RATZINGER

Antes de abordar directamente los núcleos más importante del pensamiento de Joseph Ratzinger, examinaremos las características generales de su trabajo teológico. En un artículo publicado el 17 de mayo de 2005, poco menos de un mes después de su elección como papa, en el diario alemán *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, el teólogo protestante Eberhard Jüngel ofrecía tres características de la teología de Ratzinger.

La primera es que la aportación teológica de Ratzinger acentúa con insistencia la ***pretensión de verdad del evangelio***, como algo inherente al mensaje cristiano. Ha insistido mucho en la racionalidad de la teología, como consecuencia de la racionalidad del cristianismo. Comentando Jn 1,1 (Al principio existía el Lógos, la Palabra), nuestro autor subraya su íntima convicción de que al inicio de todas las cosas está la fuerza creadora de la razón, por lo que la fe cristiana es para él la opción prioritaria a favor de la razón y de todo lo que es razonable. Así lo puso de manifiesto en el debate público que mantuvo con el filósofo ateo Paolo Flores de Arcais, el 21 de septiembre del 2000, en el Teatro Quirino de Roma. Basándose en San Agustín, Ratzinger escribe: El cristianismo fue precedido y

preparado por el pensamiento filosófico, no por las religiones. La fe cristiana no se basa en la poesía o en la política, esas dos grandes fuentes de la religión: se funda, por el contrario, en el conocimiento. Parece inspirarse en San Pablo: Dios quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1Tim 4,16). Esa base razonable de la fe se salva de ser una simple teodicea porque el Dios conocido por los cristianos es el Dios que ha hablado y se ha revelado a través de Jesucristo. De ahí que insista en subrayar la necesaria colaboración entre fe y razón: *La fe está llamada a impulsar a la razón a tener nuevamente la valentía de la verdad. Sin la razón, la fe fracasa; sin la fe, la razón corre el riesgo de atrofiarse. Está en juego el hombre. Pero, para que el hombre sea redimido, hace falta el Redentor. Necesitamos a Cristo hombre, que es hombre y Dios, 'sin confusión ni división' en una única persona (Juan Pablo II: 25 años de pontificado. La Iglesia al servicio del hombre. Conferencia en la Universidad Lateranense de Roma, 8 mayo 2004)*

La segunda característica de la teología de Ratzinger es su ***eclesialidad***. No es tarea individual, ya que, como consecuencia de la fe, se inserta en el cuerpo eclesial: *el acto de fe, como acontecimiento, va más allá de los límites de la simple razón y la existencia individual... gracias a su inserción en la Iglesia*. No tiene la teología la característica de un trabajo elitista o un simple ejercicio intelectual, sino que se concibe como un servicio al pueblo de Dios.

Finalmente, el trabajo teológico de Joseph Ratzinger tiene como tercera características el poder ***confrontarse con el pensamiento contemporáneo***, ofreciendo una teología capaz de criticar el espíritu de la época en que nos hallamos. Su periplo vital - segunda guerra mundial, posguerra, concilio Vaticano II, posconcilio, el 68' - le ha dado un conocimiento profundo de las claves intelectuales sobre las que se han desarrollado los acontecimientos contemporáneos, señalando sobre todo cómo el concepto moderno de razón es parcial y se podría enriquecer con la fe, saliendo así de la fragmentación y el nihilismo al que está abocado si se cierra a la trascendencia, que lejos de ser algo extraño al ser humano, es ínsito al ser humano. De ahí que sea crítico con lo que la Ilustración ha supuesto de reto y crisis para la fe y proponga una superación. En un discurso improvisado en Aosta, el 25 de julio de 2005, decía: *Como hemos dicho en la primera parte, siguiendo la Ilustración y la «segunda Ilustración» del 1968, muchos han pensado que la hora histórica de la Iglesia y de la fe se ha acabado y que hemos entrado en una nueva era, en la que estas cosas se podrían estudiar como la mitología clásica. Al contrario, hace falta dar a entender que la fe tiene una actualidad permanente y una gran sensatez. Se trata por tanto de una propuesta intelectual en la que se entiende también la belleza y la estructura*

orgánica de la fe. Ésta fue una de las intenciones fundamentales del «Catecismo de la Iglesia Católica», condensado ahora en el «Compendio». No tenemos que pensar que se trata de un paquete de reglas, que cargamos sobre los hombros como una mochila pesada en el camino de la vida. Al final la fe es sencilla y rica: ¿creemos que Dios existe, que Dios que cuenta? ¿Pero de qué Dios hablamos? Un Dios con un rostro, un rostro humano, un Dios que reconcilia, que vence el odio y da esa fuerza de la paz que nadie más puede dar. Necesitamos dar a entender que en realidad el cristianismo es muy sencillo y por consiguiente muy rico.

3. DOS OBJETOS DE PENSAMIENTO: DIOS Y HOMBRE, RESUMEN DE LA TEOLOGÍA

En una conferencia que tuvo para los catequistas con motivo de su jubileo, en el Año Santo 2000, el entonces cardenal prefecto de la congregación para la doctrina de la fe terminó su intervención, que había versado sobre la nueva evangelización, resumiendo su aportación con unos puntos en los que también sintetizaba su pensamiento teológico: *Dios no es el rival de nuestra vida, sino el garante de nuestra grandeza. Así volvemos a nuestro punto de partida: Dios. Si consideramos bien el mensaje cristiano, no hablamos de un montón de cosas. El mensaje cristiano es en realidad muy sencillo: hablamos de Dios y del hombre, y así lo decimos todo.*

Por lo tanto, con sus mismas palabras podemos afirmar que Dios y el hombre son los dos grandes objetos de su meditación teológica.

3.1. LA CUESTIÓN DE DIOS

A lo largo de su vida, Joseph Ratzinger ha ido acumulando una rica experiencia personal, sacerdotal y académica. Ha vivido los horrores de la II Guerra Mundial. Se empeñó en la reconstrucción de Alemania; ha conocido el mundo universitario, adquiriendo un bagaje intelectual que le permite medirse con cualquier pensador laico, agnóstico o ateo, como ha sucedido con Paolo Flores D'Arcais, Marcello Pera y Jürgen Habermas. En su obra escrita, siempre hay una serie de ideas recurrentes, que nos permiten entrever las líneas de fuerza de su pensamiento, que se plasmarán en su pontificado. Veámoslas con un poco de detenimiento.

En el comunicado de prensa ofrecido el pasado 24 septiembre 2005, con motivo del encuentro entre Hans Küng y Benedicto XVI, se afirmaba: *El coloquio se concentró, por tanto, en dos temas que tienen particular interés para el trabajo reciente de Hans Küng: la cuestión de la ética mundial ("Weltethos") y el diálogo de la razón de las ciencias*

naturales con la razón de la fe cristiana... el Papa reafirmó su acuerdo sobre el intento del profesor Küng de reavivar el diálogo entre fe y ciencias naturales y de hacer valer, en relación con el pensamiento científico, la sensatez y la necesidad de la cuestión sobre Dios ("Gottesfrage").

La *Gottesfrage*, es decir, la pregunta sobre Dios, es una constante en el pensamiento de Joseph Ratzinger, desde la primera obra que le hizo famoso, su *Introducción al cristianismo*, allá por finales de los años 60. Para Joseph Ratzinger, el teólogo y el pastor, hay una idea central que es necesario rescatar: Dios no es algo accesorio para el hombre. Es el fundamento de su existencia. Es, como decía Romano Guardini, *Das Alles*, el Todo. Por ello, repite con frecuencia, como hizo el día de inauguración de su pontificado, un texto de un sermón de S. Agustín: nuestra misión es sanar los ojos del corazón de los hombres, para que puedan ver a Dios. El pasado 24 de abril dijo: *en verdad: nosotros existimos para enseñar Dios a los hombres. Y únicamente donde se ve a Dios, comienza realmente la vida. Sólo cuando encontramos en Cristo al Dios vivo, conocemos lo que es la vida.*

La ausencia de Dios de nuestro mundo se explica por diversos motivos, intra y extraeclesiales. En primer lugar, porque con la modernidad se ha desarrollado un concepto de racionalidad cientifista que termina excluyendo la fe del campo del conocimiento humano, y recluyéndola al ámbito de lo privado. Como mucho, desde el s. XVIII se podía aceptar la idea de un Dios relojero universal, pero despersonalizado, sin rostro concreto, y mucho menos con presencia real en la vida de la humanidad. Al respecto escribía Ratzinger: *Algunos piensan que Dios, después de la creación, se ha «retirado» y ya no muestra interés alguno por nuestros asuntos de cada día. Según este modo de pensar, Dios no podría intervenir en el tejido de nuestra vida cotidiana; sin embargo, las palabras de Jesucristo nos indican más bien lo contrario. Un hombre abierto a la presencia de Dios se da cuenta de que Dios obra siempre y de que también actúa hoy; por eso debemos dejarle entrar y facilitarle que obre en nosotros. Es así como nacen las cosas que abren el futuro y renuevan la humanidad. (...) Dios no se ha retirado del mundo, porque está actuando constantemente; y es que a nosotros nos corresponde solamente ponernos a su disposición, estar disponibles, siendo capaces de responder a su llamada. Es un mensaje que ayuda también a superar lo que puede considerarse la gran tentación de nuestro tiempo: la pretensión de pensar que, después del big bang, Dios se ha retirado de la historia. La acción de Dios no «se ha parado» en el momento del big bang, sino que continúa en el*

curso del tiempo, tanto en el mundo de la naturaleza como en el de los hombres (Dejar obrar a Dios, L'Osservatore Romano, 6 octubre 2002)

La consecuencia de esa visión de Dios es su alejamiento de la vida humana. Ahí, tanto el pensamiento moderno como las divisiones religiosas se aúnan para terminar ofreciendo una solución, que todavía permea muchos criterios de actuación en los ámbitos social y político. Decía el papa en un discurso improvisado, en Aosta, el 25 de julio de 2005: *En el tiempo de la Ilustración, momento en el que la fe estaba dividida entre católicos y protestantes, se pensó qué hacía falta conservar los valores morales comunes dándoles un fundamento suficiente. Se pensó: tenemos que hacer que valores morales sean independientes de las confesiones religiosas para que éstas se rijan «etsi Deus non daretur» [como si Dios no existiera]. Del Dios omnipresente en la vida del ser humano, se pasa a la ausencia de Dios: ¿Dónde está Dios en la sociedad contemporánea? Está muy marginado. En la vida política parece casi indecente hablar de Dios, como si fuese un ataque a la libertad de quien no cree. El mundo político sigue sus normas y sus caminos, excluyendo a Dios como algo que no pertenece a esta tierra. Lo mismo sucede en el mundo del comercio, de la economía y de la vida privada. Dios queda a un margen. Sin embargo, me parece necesario volver a descubrir, y existen las energías, que también la esfera política y económica tienen necesidad de una responsabilidad moral, una responsabilidad que nace del corazón del hombre y, en última instancia, tiene que ver con la presencia o la ausencia de Dios. Una sociedad en la que Dios es absolutamente ausente se autodestruye. Lo hemos visto en los grandes regímenes totalitarios del siglo pasado (Entrevista en el diario *La Repubblica*, 19 noviembre 2004). A ello habría que añadir que otra causa de esa ausencia de se deriva de la falta de testimonio por parte de los cristianos: *El testimonio negativo de cristianos que hablaban de Dios y vivían contra Él, ha oscurecido la imagen de Dios y ha abierto la puerta a la incredulidad (La crisis de las culturas. Conferencia en Subiaco, 1 abril 2005).**

Y cuando se quita a Dios de la vida del hombre, se le sustituye con otros ídolos: la ideología, el poder, el dinero, o unos valores que presuntamente pueden colmar ese vacío absoluto: *Una serie de valores ha tomado hoy el puesto del desaparecido concepto de Dios y es, al mismo tiempo, la fórmula unificadora que, por encima de todas las diferencias, podría, por un lado, conducir a una cohesión universal de los hombres de buena voluntad (¿alguien se opone?) y, por otro, llevarnos a un mundo realmente mejor. Parece seductor. En ese momento, ¿Dios habrá llegado a ser algo superfluo? ¿Pueden suplantarlos estos valores? Pero ¿cómo hacemos para saber lo que es útil para conseguir la paz? ¿De dónde*

tomamos la medida de la justicia y la distinción entre el bien y el mal? Y, por último, ¿cómo discernimos el momento en el que la técnica responde a las exigencias de la creación de aquél que la está destruyendo? Quien se aferra a estos valores no puede ignorar que enseguida se convierten en el teatro de las ideologías y que no resisten la ausencia de unos criterios coherentes de la realidad misma de la creación y del hombre. Los valores no pueden sustituir la verdad, no pueden remplazar a Dios, de quien no son más que una pálida figura y sin cuya luz no están bien definidos. Regresamos al inicio: sin Dios, el mundo no se puede iluminar (Testigos de la luz de Dios, en La Razón, 23 abril 2001)

3.2. LA CUESTIÓN DEL HOMBRE

Junto a la cuestión de Dios, otro tema que ha centrado la reflexión teológica de Joseph Ratzinger, casi como una consecuencia del primero, es la cuestión del hombre, como ya se deja entrever en algunos de los textos anteriormente citados. Frente a una antropología reduccionista que concibe parcialmente la razón, y le cierra al ser humano la posibilidad de trascendencia, y por lo tanto, de entrar en comunión con Dios, Ratzinger ha enfatizado siempre dos realidades: sin Dios, el ser humano es un caos, un absurdo; el hombre es por naturaleza religioso, y sólo Dios puede colmar ese vacío, porque es el único absoluto del hombre (*unicum absolutum*).

De ahí se deduce que sin Dios, el hombre termina volviéndose contra sí mismo, al carecer de fundamentos morales objetivos que reconozcan de manera intangible la dignidad de la persona humana: *Donde no hay Dios, despunta el infierno, y el infierno persiste sencillamente a través de la ausencia de Dios. (...) Lo más paradójico es que esta exclusión de Dios se hace de manera sutil, casi siempre afirmando que se quiere el bien de los hombres. (...) Cuando hoy se hace comercio de órganos humanos, cuando se fabrican fetos para disponer de órganos de reserva o para hacer progresar la investigación y la medicina preventiva, muchos consideran implícito el contenido humano de estas prácticas, pero el desprecio del hombre que está debajo -cuando se usa y se abusa del hombre- conduce, se quiera o no, al descenso a los infiernos. La respuesta de los cristianos a esta situación, en los albores del tercer milenio, es al mismo tiempo sencilla e inmensa: testimoniar a Dios, abrir ventanas de par en par y cuidar así que su luz pueda brillar entre nosotros, de manera que podamos dejar espacio a su presencia. Demos la vuelta a las cosas: donde está Dios, está el cielo; a pesar del precio de las miserias de nuestra*

existencia, la vida se ilumina (Sin Dios hay demasiados infiernos en este mundo. Conferencia en Notre Dame de París, 6 abril 2001).

Sin embargo, la verdadera naturaleza del ser humano está abierta a la trascendencia, y sólo Dios puede colmar ese vacío y dar respuesta en Cristo a los interrogantes que plantea la existencia humana. La respuesta no es una idea, una filosofía, sino el Dios vivo y verdadero revelado en Jesucristo: *Si consideramos la presente situación cultural, francamente, nos debe de parecer un milagro que, a pesar de todo, todavía haya fe cristiana. ¿Por qué, en suma, la fe tiene todavía una oportunidad? Yo diría lo siguiente: porque está de acuerdo con lo que el hombre es. Y es que el hombre es algo más de lo que Kant y los distintos filósofos poskantianos quieren ver y conceder. Kant mismo ha debido de reconocerlo de algún modo con sus postulados. En el hombre anida un anhelo inextinguible hacia lo infinito. Ninguna de las respuestas intentadas es suficiente; sólo el Dios que se hizo Él mismo finito, para abrir nuestra finitud y conducirnos a la amplitud de su infinitud, responde a la pregunta de nuestro ser. Por eso, también hoy la fe cristiana encontrará al hombre. Nuestra tarea es servirla con ánimo humilde y con todas las fuerzas de nuestro corazón y nuestro entendimiento. Por ello, esta idea sencillamente no responde a la realidad de las religiones y no responde a la necesidad del hombre de encontrar una respuesta coherente a sus grandes interrogantes (Situación actual de la fe y la teología. Conferencia a las comisiones episcopales para la doctrina de la fe en América Latina, Guadalajara 1998)*

4. PRESENTACIÓN DE LA DOBLE REALIDAD DIOS/HOMBRE AL MUNDO: LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Ante esta situación, Ratzinger se pregunta qué pueden hacer los creyentes en un mundo en el que Dios está ausente y la imagen del hombre no se corresponde con su naturaleza íntima y verdadera, tal y como la plasmó el creador. Pero junto con la pregunta, ofrece también pistas: *La situación en el mundo occidental es diferente, pues es un mundo cansado de su propia cultura, un mundo en que ha llegado el momento en el que ya no hay evidencia de la necesidad de Dios, aun menos de Cristo, y en el que por lo tanto parece que el hombre mismo podría construirse a él mismo. En este clima de un racionalismo que se cierra en sí mismo, que considera a las ciencias como el único modelo de conocimiento, todo lo demás es subjetivo. Incluso la vida cristiana se convierte en una elección subjetiva, por lo tanto arbitraria, dejando de ser el camino de la vida. De este modo, creer se hace difícil y, si es difícil creer, mucho más difícil es ofrecer la vida al Señor para ser su siervo.*

Entonces la primera respuesta es la paciencia, con la certeza de que sin Dios el mundo no puede vivir, el Dios de la Revelación -y no cualquier Dios: vemos cómo puede ser peligroso un Dios cruel, un Dios no verdadero-, el Dios que ha mostrado en Jesucristo su rostro. Éste rostro que ha sufrido por nosotros, este rostro de amor que transforma el mundo como el grano de trigo caído en tierra. Así pues debemos tener nosotros mismos esta profunda certeza de que Cristo es la respuesta y de que sin el Dios concreto, el Dios con el rostro de Cristo, el mundo se autodestruye. De este modo, aumenta la evidencia de que no es verdadero un racionalismo cerrado, que piensa que sólo el hombre podría reconstruir el auténtico mundo mejor. Al contrario, sin la referencia del Dios verdadero, el hombre se autodestruye. Lo vemos con nuestros propios ojos (Discurso improvisado en Aosta, 25 julio 2005).

De ahí, que haya que retomar con fuerza el empeño por hacer presente, más visible, a Dios en la vida del hombre. Por ello, Ratzinger insiste en la necesidad de revitalizar la fe y mostrar su inteligibilidad, acorde con la razón humana; fe madura, consciente, responsable, que se testimonia y que da claridad y alegría a la existencia humana. Por lo tanto, la fe, según Ratzinger, debe tener hoy dos notas características: la primera, que sea inteligible y pueda interpelar a la razón: *La Iglesia sirve al mundo haciendo que Dios viva en ella, siendo transparente para Él, estando lista para llevarlo a la humanidad. Llegamos así a un problema de orden práctico: ¿Cómo lograrlo? ¿Cómo podemos reconocer a Dios y llevarlo a los demás? La misión que yo veo más urgente para la Iglesia en nuestro siglo es la de luchar por una nueva presencia de la inteligencia de la fe. La fe tiene necesidad del amplio espacio de la razón, tiene necesidad de apertura, de confesar a Dios creador. Sin tal profesión de fe, la misma cristología se volvería árida, y sólo hablaría de Dios de una manera indirecta, refiriéndose a una experiencia religiosa particular y a la fuerza limitada. Una experiencia más entre otras (Testigos de la luz de Dios, en La Razón, 23 abril 2001).*

Por otro lado, fe viva, personal que hace a la vez comunitaria, fe que sea amistad y dé alegría y luz a la existencia: *El cristianismo hoy se presenta como una antigua tradición sobre la que pesan antiguos mandamientos, algo que ya conocemos y que no nos dice nada nuevo, una institución fuerte, una de las grandes instituciones que pesan sobre nuestros hombros. Si nos quedamos en esta impresión, no vivimos el núcleo del cristianismo, que es un encuentro siempre nuevo, un acontecimiento gracias al cual podemos encontrar al Dios que habla con nosotros, que se acerca a nosotros, que se hace nuestro amigo. Es decisivo llegar a este punto fundamental de un encuentro personal con Dios, que también hoy se*

hace presente y que es contemporáneo. Si uno encuentra ese centro esencial, comprende también las demás cosas; pero si no realiza este acontecimiento que toca el corazón, todo lo demás queda como un peso, casi como algo absurdo (Por qué el cristianismo no es visto como fuente de alegría. Conferencia pronunciada en Roma, 7 mayo 2004).

Ante Dios no somos una masa gris. Ni lo somos ni lo éramos ante Cristo. Él en verdad recorrió su camino también para mí. Esta certeza puede acompañarme en todas las fases de mi vida, en mis éxitos y mis fracasos, en mis esperanzas y mis sufrimientos. Él recorrió su camino por mí y por quienquiera que entre en mi vida: también a éste le amó, por él se dio, como me amó y me ama a mí. Si volvemos a aprender a creer esto, si conseguimos anunciarlo a otros como mensaje de la verdad, entonces se realiza la evangelización. Entonces sí que sabemos: el Reino de Dios está cerca. De aquí surge la fuerza de vivir y actuar a partir de esta cercanía (Evangelización, catequesis y catecismo. Conferencia pronunciada ante la Comisión para América Latina, 4 abril 1998).

A ese nuevo impulso de la fe, personalizada, vivida comunitariamente y testimoniada con nuevo ardor, con nuevos métodos, como señaló Juan Pablo II, es a lo que podemos llamar nueva evangelización.

Con motivo del Jubileo de los Catequistas, en el año 2000, Ratzinger expuso su pensamiento sobre la nueva evangelización, que nos servirá de guía en las siguientes páginas. El entonces prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe afirmaba que *evangelizar quiere decir mostrar ese camino, enseñar el arte de vivir. Jesús dice al inicio de su vida pública: he venido para evangelizar a los pobres* (cf. Lc 4, 18). Esto significa: yo tengo la respuesta a vuestra pregunta fundamental; yo os muestro el camino de la vida, el camino que lleva a la felicidad; más aún, yo soy ese camino. La pobreza más profunda es la incapacidad de alegría, el tedio de la vida considerada absurda y contradictoria. Esta pobreza se halla hoy muy extendida, con formas muy diversas, tanto en las sociedades materialmente ricas como en los países pobres. La incapacidad de alegría supone y produce la incapacidad de amar, produce la envidia, la avaricia... todos los vicios que arruinan la vida de las personas y el mundo. Por eso, hace falta una nueva evangelización. Si se desconoce el arte de vivir, todo lo demás ya no funciona. Pero ese arte no es objeto de la ciencia; sólo lo puede comunicar quien tiene la vida, el que es el Evangelio en persona.

4.1. ESTRUCTURA DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

La Iglesia evangeliza siempre y nunca ha interrumpido el camino de la evangelización. Cada día celebra el misterio eucarístico, administra los sacramentos,

anuncia la palabra de vida, la palabra de Dios, y se compromete en favor de la justicia y la caridad. Y esta evangelización produce fruto: da luz y alegría; de el camino de la vida a numerosas personas. Muchos otros viven, a menudo sin saberlo, de la luz y del calor resplandeciente de esta evangelización permanente. Sin embargo, existe un proceso progresivo de descristianización y de pérdida de los valores humanos esenciales, que resulta preocupante. Gran parte de la humanidad de hoy no encuentra en la evangelización permanente de la Iglesia el Evangelio, es decir, la respuesta convincente a la pregunta: ¿cómo vivir? Por eso buscamos, además de la evangelización permanente, nunca interrumpida y que no se debe interrumpir nunca, una nueva evangelización, capaz de lograr que la escucho ese mundo que no tiene acceso a la evangelización "clásica". Todos necesitan el Evangelio. El Evangelio está destinado a todos y no sólo a un grupo determinado, y por eso debemos buscar nuevos caminos para llevar el Evangelio a todos.

Sin embargo, aquí se oculta también una tentación: la tentación de la impaciencia, la tentación de buscar el gran éxito inmediato, los grandes números. Y este no es el método del reino de Dios. Para el reino de Dios, así como para la evangelización, instrumento y vehículo del reino de Dios, vale siempre la parábola del grano de mostaza (cf. Mc 4, 31-32). El reino de Dios vuelve a comenzar siempre bajo este signo. Nueva evangelización no puede querer decir atraer inmediatamente con nuevos métodos, más refinados, a las grandes masas que se han alejado de la Iglesia. No; no es esta la promesa de la nueva evangelización. Nueva evangelización significa no contentarse con el hecho de que del grano de mostaza haya crecido el gran árbol de la Iglesia universal, ni pensar que basta el hecho de que en sus ramas pueden anidar aves de todo tipo, sino actuar de nuevo valientemente, con la humildad del grano, dejando que Dios decida cuándo y cómo crecerá (cf. Mc 4, 26-29).

Las grandes cosas comienzan siempre con un grano y los movimientos de masas son siempre efímeros. En otras palabras, las grandes realidades tienen inicios humildes. Ciertamente, Dios no cuenta con grandes números; el poder exterior no es el signo de su presencia. Un antiguo proverbio reza: "Éxito no es un nombre de Dios". La nueva evangelización debe actuar como el grano de mostaza y no ha de pretender que surja inmediatamente el gran árbol. Nosotros vivimos con una excesiva seguridad por el gran árbol que ya existe o sentimos el afán de tener un árbol aún más grande, más vital. En cambio, debemos aceptar el misterio de que la Iglesia es al mismo tiempo un gran árbol y un grano. En la historia de la salvación siempre es simultáneamente Viernes Santo y Domingo de Pascua.

4.2. EL MÉTODO

De esta estructura de la nueva evangelización deriva también el método adecuado. Ciertamente, debemos usar de modo razonable los métodos modernos para lograr que se nos escuche; o, mejor, para hacer accesible y comprensible la voz del Señor. No buscamos que se nos escuche a nosotros; no queremos aumentar el poder y la extensión de nuestras instituciones; lo que queremos es servir al bien de las personas y de la humanidad, dando espacio a Aquél que es la Vida.

Esta renuncia al propio yo, ofreciéndolo a Cristo para la salvación de los hombres, es la condición fundamental del verdadero compromiso en favor del Evangelio: *Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibía; si otro viene en su propio nombre, a ese lo recibiréis* (Jn 5, 43).

Lo que distingue al anticristo es el hecho de que habla en su propio nombre. El signo del Hijo es su comunión con el Padre. El Hijo nos introduce en la comunión trinitaria, en el círculo del amor suyo, cuyas personas son "relaciones puras", el acto puro de entregarse y de acogerse. El designio trinitario, visible en el Hijo, que no habla en su nombre, muestra la forma de vida del verdadero evangelizador; más aún, evangelizar no es tanto una forma de hablar; es más bien una forma de vivir: vivir escuchando y ser portavoz del Padre. "No hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga" (Jn 16, 13), dice el Señor sobre el Espíritu Santo.

De ahí que en el mensaje tras la primera misa con los cardenal, el papa dijese: *La Iglesia de hoy debe reavivar en sí misma la conciencia de su deber de volver a proponer al mundo la voz de Aquel que dijo: "Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida" (Jn 8, 12). Al iniciar su ministerio, el nuevo Papa sabe que su misión es hacer que resplandezca ante los hombres y las mujeres de hoy la luz de Cristo: no su propia luz, sino la de Cristo.*

Todos los métodos racionales y moralmente aceptables se deben estudiar; es un deber usar estas posibilidades de comunicación. Pero las palabras y todo el arte de la comunicación no pueden ganar a la persona humana hasta la profundidad a la que debe llegar el Evangelio. No podemos ganar nosotros a los hombres. Debemos obtenerlos de Dios para Dios. Todos los métodos son ineficaces si no están fundados en la oración. La palabra del anuncio siempre ha de estar impregnada una intensa vida de oración.

La fecundidad de la cruz también es importante para la nueva evangelización. San Agustín dice lo mismo de modo muy hermoso, interpretando el texto de san Juan donde la

profecía del martirio de san Pedro y el mandato de apacentar, es decir, la institución de su primado, están íntimamente relacionados (cf. Jn 21, 16). San Agustín lo comenta así: *Apacienta mis ovejas, es decir, sufre por mis ovejas* (Sermón 32: PL 2, 640). Una madre no puede dar a luz un niño sin sufrir. Todo parto implica sufrimiento, es sufrimiento, y llegar a ser cristiano es un parto. Digámoslo una vez más con palabras del Señor: *El reino de Dios exige violencia* (M 11, 12; Lc 10, 16), pero la violencia de Dios es el sufrimiento, la cruz. No podemos dar vida a otros sin dar nuestra vida. El proceso de renuncia al propio yo, al que me he referido antes, es la forma concreta (expresada de muchas formas diversas) de dar la propia vida. Ya lo dijo el Salvador: *Quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará* (Mc 8, 35).

4.3. ¿QUÉ HAY QUE ANUNCIAR EN LA NUEVA EVANGELIZACIÓN?

CONVERSIÓN

La palabra griega para decir *convertirse* significa: cambiar de mentalidad, poner en tela de juicio el propio modo de vivir y el modo común de vivir, dejar entrar a Dios en los criterios de la propia vida, no juzgar ya simplemente según las opiniones corrientes.

Por consiguiente, convertirse significa dejar de vivir como viven todos, dejar de obrar como obran todos, dejar de sentirse justificados en actos dudosos, ambiguos, malos, por el hecho de que los demás hacen lo mismo; comenzar a ver la propia vida con los ojos de Dios; por tanto, tratar de hacer el bien, aunque sea incómodo; no estar pendientes del juicio de la mayoría, de los demás, sino del juicio de Dios. En otras palabras, buscar un nuevo estilo de vida, una vida nueva.

Todo esto no significa moralismo. Quien reduce el cristianismo a la moralidad pierde de vista la esencia del mensaje de Cristo: el don de una nueva amistad, el don de la comunión con Jesús y, por tanto, con Dios. Quien se convierte a Cristo no quiere tener autonomía moral, no pretende construir con sus fuerzas su propia bondad.

Conversión (metánoia) significa precisamente lo contrario: salir de la autosuficiencia, descubrir y aceptar la propia indigencia, la necesidad de los demás y la necesidad de Dios, de su perdón, de su amistad. La vida sin conversión es autojustificación (yo no soy peor que los demás); la conversión es la humildad de entregarse al amor del Otro, amor que se transforma en medida y criterio de mi propia vida.

Anunciando la conversión debemos ofrecer también una comunidad de vida, un espacio común del nuevo estilo de vida. No se puede evangelizar sólo con palabras. El

Evangelio crea vida, crea comunidad de camino. Una conversión puramente individual no tiene consistencia.

CONVERSIÓN DE LA IGLESIA

Ratzinger ha escrito y hablado mucho de la reforma de la Iglesia, que es algo más profundo que la renovación de unas estructuras. Y a veces ha tenido intervenciones muy llamativas, como el comentario a la 9ª estación del vía crucis del presente año, cuyas palabras no me resisto a reproducir:

¿Qué puede decirnos la tercera caída de Jesús bajo el peso de la cruz? Quizás nos hace pensar en la caída de los hombres, en que muchos se alejan de Cristo, en la tendencia a un secularismo sin Dios. Pero, ¿no deberíamos pensar también en lo que debe sufrir Cristo en su propia Iglesia? En cuántas veces se abusa del sacramento de su presencia, y en el vacío y maldad de corazón donde entra a menudo. ¡Cuántas veces celebramos sólo nosotros sin darnos cuenta de él! ¡Cuántas veces se deforma y se abusa de su Palabra! ¡Qué poca fe hay en muchas teorías, cuántas palabras vacías! ¡Cuánta suciedad en la Iglesia y entre los que, por su sacerdocio, deberían estar completamente entregados a él! ¡Cuánta soberbia, cuánta autosuficiencia! ¡Qué poco respetamos el sacramento de la Reconciliación, en el cual él nos espera para levantarnos de nuestras caídas! También esto está presente en su pasión. La traición de los discípulos, la recepción indigna de su Cuerpo y de su Sangre, es ciertamente el mayor dolor del Redentor, el que le traspasa el corazón. No nos queda más que gritarle desde lo profundo del alma: Kyrie, eleison – Señor, sálvanos (cf Mt 8,25).

EL REINO DE DIOS

En la llamada a la conversión está implícito, como su condición fundamental, el anuncio del Dios vivo. El teocentrismo es fundamental en el mensaje de Jesús y debe ser también el núcleo de la nueva evangelización. La palabra clave del anuncio de Jesús es: reino de Dios. Pero reino de Dios no es una cosa, una estructura social o política, una utopía. El reino de Dios es Dios.

Reino de Dios quiere decir: Dios existe, Dios vive, Dios está presente y actúa en el mundo, en nuestra vida, en mi vida. Dios no es una "causa última" lejana. Dios no es el "gran arquitecto" del deísmo, que montó la máquina del mundo y así estaría fuera. Al contrario, Dios es la realidad más presente y decisiva en cada acto de mi vida, en cada momento de la historia.

Después de este camino largo y difícil, hoy nos dice: si verdadero problema de nuestro tiempo es *la crisis de Dios*, la ausencia de Dios, disfrazada de religiosidad vacía. La teología debe volver a ser realmente teo-logía, hablar de Dios y con Dios.

Lo *único necesario* (*unum necessarium*) para el hombre es Dios. Todo cambia dependiendo de si Dios existe o no existe. Por desgracia, también nosotros, los cristianos, vivimos a menudo como si Dios no existiera (*si Deus non daretur*). Vivimos según el eslogan: Dios no existe y, si existe, no influye. Por eso, la evangelización ante todo debe hablar de Dios, anunciar al único Dios verdadero: el Creador, el Santificador, el Juez.

También aquí es preciso tener presente el aspecto práctico. No se puede dar a conocer a Dios únicamente con palabras. No se conoce a una persona cuando sólo se tienen de ella referencias de segunda mano. Anunciar a Dios es introducir en la relación con Dios: enseñar a orar. La oración es fe en acto. Y sólo en la experiencia de la vida también la evidencia de su existencia. Por eso son tan importantes las escuelas de oración, las comunidades de oración. Son complementarias la oración personal (*en tu propio aposento*, solo en la presencia de Dios), la oración común *paralitúrgica* (religiosidad popular) y la oración litúrgica. Sí, la liturgia es ante todo oración: su elemento específico consiste en que su sujeto primario no somos nosotros (como en la oración privada y en la religiosidad popular), sino Dios mismo. La liturgia es *actio divina*, Dios actúa y nosotros respondemos a la acción divina.

Hablar de Dios y hablar con Dios deben ir siempre juntos. El anuncio de Dios lleva a la comunión con Dios en la comunión fraterna, fundada y vivificada por Cristo. Por eso la liturgia (los sacramentos) no es un tema adjunto al de la predicación del Dios vivo, sino la concretización de nuestra relación con Dios.

JESUCRISTO

Con esta reflexión el tema de Dios ya se ha extendido y concretado en el tema de Jesucristo. Sólo en Cristo y por Cristo el tema de Dios se hace realmente concreto: Cristo es el Emmanuel, el Dios con nosotros, la concretización del "Yo soy", la respuesta al deísmo. Hoy es muy fuerte la tentación de reducir a Jesucristo, el Hijo de Dios, sólo a un Jesús histórico, sólo a un hombre. No se niega necesariamente su divinidad, pero con ciertos métodos se destila de la Biblia un Jesús a nuestra medida, un Jesús posible y comprensible en los parámetros de nuestra historiografía. Pero este "Jesús histórico" es una elaboración, la imagen de sus autores y no la imagen del Dios vivo (cf. 2 Cor 4, 4 s; Col 1, 15). El Cristo de la fe no es un mito. El así llamado "Jesús histórico" es una figura

mitológica, inventada por diversos intérpretes. Los doscientos años de historia, del "Jesús histórico" reflejan fielmente la historia de las filosofías y de las ideologías de este periodo.

Seguimiento de Cristo no significa imitar al hombre Jesús. Ese intento fracasaría necesariamente; sería un anacronismo. El seguimiento de Cristo tiene una meta mucho más elevada: identificarse con Cristo, es decir, llegar a la unión con Dios. Esa palabra tal vez choque a los oídos del hombre moderno. Pero, en realidad todos tenemos sed de infinito, de una libertad infinita, de una felicidad ilimitada. Toda la historia de las revoluciones de los últimos dos siglos sólo se explica así. La droga sólo se explica así. El hombre no se contenta con soluciones que no lleguen a la divinización. Pero todos los caminos ofrecidos por la "serpiente" (cf. Gn 3, 5), es decir, la sabiduría mundana, fracasan. El único camino es la identificación con Cristo, realizable en la vida sacramental. Seguir a Cristo no es un asunto de moralidad, sino un tema "místico", un conjunto de acción divina y respuesta nuestra.

Así, en el tema del seguimiento se encuentra presente el otro centro de la cristología, al que quería aludir: el misterio pascual, la cruz y la resurrección.

De ordinario en las reconstrucciones del "Jesús histórico" el tema de la cruz carece de significado. En una interpretación "burguesa" se transforma en un accidente de por sí evitable, sin valor teológico; en una interpretación revolucionaria se convierte en la muerte heroica de un rebelde.

La verdad es muy diferente. La cruz pertenece al misterio divino; es expresión de su amor hasta el extremo (cf. Jn 13, 1). El seguimiento de Cristo es participación en su cruz, unirse a su amor, a la transformación de nuestra vida, que se convierte en nacimiento del hombre nuevo, creado según Dios (cf. Ef 4, 24). Quien omite la cruz, omite la esencia del cristianismo (cf. 1 Cor 2, 2).

LA VIDA ETERNA

Un último elemento central de toda verdadera evangelización es la vida eterna. Hoy, en la vida diaria, debemos anunciar con nueva fuerza nuestra fe. Aquí quisiera sólo aludir a un aspecto a menudo descuidado actualmente de la predicación de Jesús: el anuncio del reino de Dios es anuncio del Dios presente, del Dios que nos conoce, que nos escucha; del Dios que entra en la historia para hacer justicia. Por eso, esta predicación es anuncio del juicio, anuncio de nuestra responsabilidad. El hombre no puede hacer o dejar de hacer lo que le apetezca. Será juzgado. Debe rendir cuentas. Esta certeza vale tanto para los poderosos como para los sencillos. Si se respeta, se trazan los límites de todo poder de

este mundo. Dios hace justicia, y en definitiva sólo él puede hacerla. Nosotros lograremos hacer justicia en la medida que seamos capaces de vivir en presencia de Dios y de comunicar al mundo la verdad del juicio.

Así el artículo de fe del juicio, su fuerza de formación de las conciencias, es un contenido central del Evangelio y es realmente una buena nueva. Lo es para todos los que sufren por la injusticia del mundo y piden justicia. Así se comprende también la conexión entre el reino de Dios y los "pobres", los que sufren y todos los que viven las bienaventuranzas del sermón de la Montaña. Están protegidos por la certeza del juicio, por la certeza de que hay justicia.

Este es el verdadero contenido del artículo del Credo sobre el juicio, sobre Dios juez: hay justicia. Las injusticias del mundo no son la última palabra de la historia. Hay justicia. Sólo quien no quiera que haya justicia puede oponerse a esta verdad. Si tomamos en serio el juicio y la grave responsabilidad que de él brota para nosotros, comprenderemos bien el otro aspecto de este anuncio, es decir, la redención, el hecho de que Jesús en la cruz asume nuestros pecados; que Dios mismo en la pasión de su Hijo se convierte en abogado de nosotros, pecadores, y así hace posible la penitencia, la esperanza al pecador arrepentido, esperanza expresada de modo admirable en las palabras de san Juan: *Dios es mayor que nuestra conciencia y conoce todo* (Jn 3, 20). Ante Dios tranquilizaremos nuestra conciencia, independientemente de lo que nos reproche.

La bondad de Dios es infinita, pero no la debemos reducir a un empalago sin verdad. Sólo creyendo en el justo juicio de Dios, sólo teniendo hambre y sed de justicia (cf. Mt 5, 6), abrimos nuestro corazón, nuestra vida, a la misericordia divina. No es verdad que la fe en la vida eterna quite importancia a la vida en la tierra. Al contrario, sólo si la medida de nuestra vida es la eternidad, también esta vida en la tierra es grande y su valor inmenso.

5. CONCLUSIÓN

La mejor conclusión, que resuma su pensamiento, nos la ofrece el mismo Benedicto XVI en la homilía de inicio de su pontificado, y en su última intervención pública antes de ser elegido papa:

No somos el producto casual y sin sentido de la evolución. Cada uno de nosotros es el fruto de un pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, cada uno es amado, cada uno es necesario. Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerle y comunicar a los otros la

amistad con él. La tarea del pastor, del pescador de hombres, puede parecer a veces gravosa. Pero es gozosa y grande, porque en definitiva es un servicio a la alegría, a la alegría de Dios que quiere hacer su entrada en el mundo.

Por eso, lo que necesitamos en este momento de la historia son hombres que a través de una fe iluminada y vivida, hagan que Dios sea creíble en este mundo. Necesitamos hombres que tengan fija su mirada en Dios, para aprender de Él la verdadera humanidad. Necesitamos hombres cuya inteligencia sea iluminada por la luz de Dios, hombres a los que Dios les abra el corazón, de modo que su inteligencia pueda hablar a la inteligencia de los demás y su corazón pueda abrir el corazón de sus semejantes. Sólo a través de hombres que han sido tocados por Dios, Dios puede volver junto a los hombres, y decirles con su vida a los no creyentes o indiferentes que se atrevan a vivir ‘veluti si Deus daretur’, como si Dios existiera, por decirlo con las palabras con que Pascal aconsejaba a sus amigos no creyentes.

* * *